

El novedoso discurso de Francisco:

Reflexiones sobre el contexto del pontificado

por el Rev. Prof. Cristian Mendoza, profesor de economía de la comunicación institucional en la Facultad de Comunicación Institucional de la Iglesia de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz en Roma.

1. Introducción

Los romanos Pontífices, a pesar de ser jefes de Estado –del Estado Vaticano–, no suelen presentar un informe de gobierno. No lo hacen porque un Papa no gobierna organizaciones económicas o políticas, cuyos intereses han de ser evaluados con cierta frecuencia por accionistas o por ciudadanos. No lo hacen porque además los fieles de la Iglesia no confían al Papa la responsabilidad de su cargo; de acuerdo con la fe, el ministerio del Papa es otorgado por Dios para ser sucesor de san Pedro como pastor de todos los fieles. La función del Papa es espiritual y no es posible medir, ni por tanto informar, sobre los bienes espirituales de la institución de la Iglesia a lo largo de un periodo determinado.

No obstante, siguiendo una tradición no escrita, los Papas suelen dirigir unas felicitaciones de Navidad a la Curia Romana; es decir, a quienes trabajan en las oficinas de gobierno central de la Iglesia Católica, que están en Roma. Y, a lo largo de estos discursos, se presenta un balance del pontificado que permite entender la marcha de la Iglesia a lo largo de ese año y plantear puntos de mejora. Benedicto XVI siguió esta tradición y su pontificado puede en gran medida dibujarse a la luz de estos discursos. Francisco no parece haber hecho un balance con ocasión de este discurso, concentrándose en cambio en agradecer:

Deseo expresar mi gratitud de manera particular a los que en este periodo terminan su servicio y se jubilan. Ya sabemos que nunca se jubilan como sacerdotes y obispos, pero sí del cargo, y es justo que sea así, también para dedicarse un poco más a la oración y la cura de almas, comenzando por la suya. Así pues, un «gracias» especial, de corazón, a ustedes, queridos hermanos que dejan la Curia, sobre todo a los que han trabajado aquí durante muchos años y con tanta dedicación, en lo escondido (Francisco, 21-XII-2013).

El discurso de Papa Francisco recuerda que en la Curia Romana trabajan con seriedad y sacrificio muchas personas que, además de hacerlo con sentido profesional, ejercitan su ministerio al trabajar con espíritu de servicio a la Iglesia en todo el mundo. Sin embargo, ¿por qué Francisco no ha trazado un balance de estos meses de pontificado en sus felicitaciones a la Curia Romana? Esa es la pregunta que intentaré responder a continuación, no sin antes pedir un poco de paciencia para adentrarnos en el contexto de lo sucedido en la vida de la Iglesia y del ministerio del anterior pontífice, nuestro Papa emérito, Benedicto XVI.

2. El teólogo Joseph Ratzinger

El 27 de febrero de 2013, en la última audiencia general como romano Pontífice, Benedicto XVI otorgaba una clave de lectura de su pontificado:

“Cuando el 19 de abril de hace casi ocho años acepté asumir el ministerio petrino, tuve esta firme certeza que siempre me ha acompañado: la certeza de la vida de la Iglesia por la Palabra de Dios. En aquel momento, como ya he expresado varias veces, las palabras que resonaron en mi corazón fueron: Señor, ¿por qué me pides esto y qué me pides? Es un peso grande el que pones en mis hombros, pero si Tú me lo pides, por tu palabra echaré las redes, seguro de que Tú me guiarás, también con todas mis debilidades. Y ocho años después puedo decir que el Señor realmente me ha guiado,

ha estado cerca de mí, he podido percibir cotidianamente su presencia. Ha sido un trecho del camino de la Iglesia, que ha tenido momentos de alegría y de luz, pero también momentos no fáciles; me he sentido como San Pedro con los apóstoles en la barca en el lago de Galilea: el Señor nos ha dado muchos días de sol y de brisa suave, días en los que la pesca ha sido abundante; ha habido también momentos en los que las aguas se agitaban y el viento era contrario, como en toda la historia de la Iglesia, y el Señor parecía dormir. Pero siempre supe que en esa barca estaba el Señor y siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino que es suya”.

Las palabras de Benedicto XVI denotaban la conciencia de haber recibido un encargo, aceptado en perspectiva de fe. También porque, humanamente, a los 78 años no se buscan grandes cambios personales y fue a esa edad que el Cardenal Ratzinger aceptó su nuevo ministerio. En aquella última audiencia, Benedicto XVI reconocía además que los retos y problemas de la Iglesia han estado presentes a lo largo de toda la historia, de manera que quien desee entender el desenlace de la vida de la Iglesia debe buscar, ante todo, comprender la naturaleza de la institución que observa. Es decir, el papa emérito llamaba a tener fe para aceptar la realidad de la vida Iglesia y entendimiento para poner por obra los retos asumidos en la fe.

La síntesis de fe y razón a la que nos referimos es realizada gracias a la reflexión de la ciencia teológica, que se ocupa del misterio de Dios. Y esa síntesis parece constituir una clave de lectura de los últimos años de la vida de la Iglesia, porque el pontificado de Benedicto XVI puede entenderse más fácilmente desde el punto de vista del “teólogo Joseph Ratzinger”. El Papa, gracias a su formación intelectual y a su vida de piedad, actuó de manera íntegra y con mucha coherencia, a lo largo de tantos años. Ya desde el momento de su consagración como Obispo, que le obligó a dejar de lado su labor docente, escogió como lema episcopal “colaborador de la verdad” y él mismo explicó el motivo:

Por un lado, me parecía que expresaba la relación entre mi tarea previa como profesor y mi nueva misión. Aunque de diferentes modos, lo que estaba y seguía estando en juego era seguir la verdad, estar a su servicio. Y, por otro, escogí este lema porque en el mundo de hoy el tema de la verdad es acallado casi totalmente; pues se presenta como algo demasiado grande para el hombre y, sin embargo, si falta la verdad todo se desmorona (Biografía de Benedicto XVI publicada en el sitio oficial del Vaticano).

Su formación profesional como teólogo le permitió resolver graves dificultades y problemas que sólo podían abordarse con la seguridad de que si falta la verdad, todo se viene abajo. Su pontificado, al igual que su vida, han estado marcados por esa búsqueda de la verdad, alentando a la Iglesia a perder el miedo al error, puesto que lo que se opone a la verdad no es el error, sino la mentira.

Como cercano colaborador de Juan Pablo II, el Cardenal Ratzinger consiguió que bajo su mandato la Congregación para la Doctrina de la Fe se convirtiera en una institución para la promoción de la fe y no tanto como una defensa de aquello que se cree. Era fruto de su vocación como teólogo y esa actitud de promoción de la fe y de apertura continuó a lo largo de su pontificado.

Una Iglesia misionera, consciente de que tiene el deber de anunciar su mensaje a todos los pueblos, necesariamente debe comprometerse en favor de la libertad de la fe. Quiere transmitir el don de la verdad que existe para todos y, al mismo tiempo, asegura a los pueblos y a sus gobiernos que con ello no quiere destruir su identidad y sus culturas, sino que, al contrario, les lleva una respuesta que esperan en lo más íntimo de su ser, una respuesta con la que no se pierde la multiplicidad de las

culturas, sino que se promueve la unidad entre los hombres y también la paz entre los pueblos (Benedicto XVI, 22-XII-2005).

3. El Pontificado de Benedicto XVI

Como hemos sugerido antes, parecería acertado trazar una síntesis del último pontificado a través de los discursos de Navidad del Santo Padre a la Curia Romana, que presentan una serie de acontecimientos importantes para la Iglesia y el mundo. En el 2005, el Papa ponía de relieve que había recibido una herencia muy difícil de superar, la del pontificado de Juan Pablo II, marcado al final por la pérdida de la palabra, reducido al sufrimiento y al silencio.

Pienso, ante todo, en el fallecimiento de nuestro amado Santo Padre Juan Pablo II, precedido por un largo camino de sufrimiento y de pérdida gradual de la palabra. Ningún Papa nos ha dejado tantos textos como los que nos ha legado él; ningún Papa anteriormente ha podido visitar, como él, todo el mundo y hablar directamente a los hombres de todos los continentes. Pero, al final, le tocó un camino de sufrimiento y de silencio (Benedicto XVI, 22-XII-2005).

No es fácil desentrañar el significado de estas palabras para Benedicto XVI a la luz de los acontecimientos del 2013, cuando tomó la decisión de renunciar al ministerio petrino. Sin embargo, parece posible afirmar que el sufrimiento y silencio de Juan Pablo II era compartido al menos en cierta medida por sus colaboradores más cercanos. Especialmente porque Benedicto XVI reconocía que cuarenta años después del Concilio Vaticano II, a pesar de la enorme influencia positiva de sus predecesores, la situación de la Iglesia era similar a la de una batalla naval en la oscuridad de la tempestad (San Basilio, *De Spiritu Sancto* XXX, 77: PG 32, 213 A; Sch 17 bis, p. 524).

Desde el primer momento, Benedicto XVI insistió por tanto en el desarrollo del Concilio Vaticano II bajo la clave de la continuidad. Tanto es así que parece posible afirmar que la adecuada recepción del Concilio en clave de continuidad no es sólo el punto fundamental para comprender el pontificado de Benedicto XVI, sino también *los pontificados sucesivos*. De hecho, al día siguiente de su elección, Benedicto XVI recordaba ya que el romano Pontífice está llamado a modelar la Iglesia cada vez más de acuerdo con las enseñanzas del Vaticano II, como hicieron los papas anteriores.

También yo, al disponerme para el servicio del Sucesor de Pedro, quiero reafirmar con fuerza mi decidida voluntad de proseguir en el compromiso de aplicación del concilio Vaticano II, a ejemplo de mis predecesores y en continuidad fiel con la tradición de dos mil años de la Iglesia (Benedicto XVI, 20 abril 2005).

Esto incluye la llamada universal a la santidad, la exigencia para la formación del clero, el diálogo con la sociedad y con los Estados, la participación de la Iglesia en la cultura, en la política y en la economía dentro de un justo respeto de sus derechos y obligaciones, etc. Benedicto XVI recordaba que si hasta ahora no se ha hecho siempre así, es porque algunos han interpretado el Concilio como una ruptura con la Tradición de la Iglesia y porque la novedad de esta última interpretación ha sido tratada con frecuencia por los medios de comunicación.

Surge la pregunta: ¿Por qué la recepción del Concilio, en grandes zonas de la Iglesia, se ha realizado hasta ahora de un modo tan difícil? Pues bien, todo depende de la correcta interpretación del Concilio o, como diríamos hoy, de su correcta hermenéutica, de la correcta clave de lectura y aplicación. Los problemas de la recepción han surgido del hecho de que se han confrontado dos hermenéuticas contrarias y se ha entablado una lucha entre ellas. Una ha causado confusión; la otra, de forma silenciosa pero cada vez más visible, ha dado y da frutos.

Por una parte existe una interpretación que podría llamar "hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura"; a menudo ha contado con la simpatía de los medios de comunicación y también de una parte de la teología moderna. Por otra parte, está la "hermenéutica de la reforma", de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino. (Benedicto XVI, 22-XII-2005).

La correcta interpretación del Concilio Vaticano II, en feliz expresión de Juan Pablo II, se habría de convertir en la brújula con la cual se orienta la Iglesia en el vasto océano del tercer milenio (Novo Millennio Ineunte, 57-58). En el 2006 sin embargo, Benedicto XVI planteó su pontificado a la luz de las preguntas que él se había planteado a lo largo de ese año. Interrogantes motivados especialmente por el viaje a Tierra Santa y la visita al campo de concentración de Auschwitz, que el Papa definió como el lugar del silencio de Dios.

Tomar la palabra en este lugar de horror, de acumulación de crímenes contra Dios y contra el hombre que no tiene parangón en la historia, es casi imposible; y es particularmente difícil y deprimente para un cristiano, para un Papa que proviene de Alemania. En un lugar como este se queda uno sin palabras; en el fondo sólo se puede guardar un silencio de estupor, un silencio que es un grito interior dirigido a Dios: ¿Por qué, Señor, callaste? ¿Por qué toleraste todo esto? (Benedicto XVI, 28-V-2006).

Pero eran igualmente urgentes aquellas cuestiones que suscitaban las numerosas aprobaciones de las leyes a favor de las parejas de hecho. Además, el 2006 fue el año de la jornada mundial de las familias en Valencia, que significó para Benedicto XVI "un viaje a la búsqueda de lo que significa ser hombre". Después de haber pasado 25 años en Roma, 23 de los cuales como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (25-XI-81 a 19-IV-2005), Joseph Ratzinger contaba con la autoridad suficiente para descubrir los principales problemas de nuestra sociedad.

La Iglesia debe hablar de muchas cosas: de todas las cuestiones relacionadas con el ser del hombre, con su estructura y su ordenamiento, etc. Pero su tema verdadero, y en varios aspectos único, es "Dios". Y el gran problema de Occidente es el olvido de Dios: es un olvido que se difunde. Estoy convencido de que todos los problemas particulares pueden remitirse, en última instancia, a esta pregunta. (Benedicto XVI, 22-XII-2006).

Al señalar el intento actual por hacer desaparecer a Dios del mundo, Benedicto XVI convertía la pregunta sobre Dios para nuestra sociedad en una exigencia de la Iglesia. Y es que el papa emérito observaba el mundo actual como herido por un fuerte laicismo, que intenta definir un futuro sin Dios, acarreando graves dificultades para las relaciones humanas, para el mundo político y social. Se trata de un laicismo que plantea a los fieles el gran dilema de ver la Iglesia como una institución funcional; como una organización que busca -y de hecho posee- poder o riqueza, al igual que cualquier otra en la sociedad.

Tal vez por esto Benedicto XVI subrayó, sobre todo en ese año de su pontificado, que la Iglesia no es una institución que intenta auto-afirmarse desarrollando sus estructuras visibles. Ante todo porque la Iglesia no es funcional a sí misma, sino que está orientada a Dios; y en esa disposición son los ministros ordenados quienes hacen de puente (el significado etimológico del término pontífice viene del latín *pontifex*, el que crea puentes) entre Dios y los hombres. La Iglesia está llamada a dar una respuesta al

laicismo y podrá darla en la medida en que realice su tarea trascendente, afirmando con decisión su propia identidad, sin centrarse en tareas humanamente funcionales.

Esta visión teocéntrica de la vida sacerdotal es necesaria precisamente en nuestro mundo totalmente funcionalista, en el que todo se basa en realizaciones calculables y comprobables. El sacerdote debe conocer realmente a Dios desde su interior y así llevarlo a los hombres: este es el servicio principal que la humanidad necesita hoy (Benedicto XVI, 22-XII-2006).

En los años sucesivos, Benedicto XVI impulsó el diálogo con la cultura y con las religiones. Subrayó la identidad de la Iglesia al definir, en el Collège des Bernardins (París), la cultura cristiana como fruto de la búsqueda de Dios, no de un programa humano. De esta manera el papa emérito se convirtió en el máximo intérprete de cómo la Iglesia puede dialogar con el mundo, o bien, de cómo la Iglesia puede ponerse hoy en un estado de "nueva evangelización".

En Europa, los medios de comunicación llamaron la atención sobre el discurso del pontífice en la universidad de Ratisbona y el papa hizo una breve referencia en el 2007 a ese discurso, agradeciendo sin más la histórica carta que ciento treinta y ocho líderes religiosos musulmanes le enviaron como testimonio común para promover la paz en el mundo. A pesar de la inadvertencia de tantos medios de comunicación, era la primera vez que numerosos intelectuales del mundo musulmán enviaban al romano Pontífice un documento público de adhesión y cercanía de ese estilo. En el continente Americano, la presencia del pontífice se hizo notar sobre todo por la conferencia de Aparecida, donde el Papa se reunió con los obispos de América Latina para recordar una vez más que la Iglesia no tiene como misión la eficacia terrena:

Ciertamente, alguien podría formular inmediatamente la pregunta: ¿Era ese el tema más adecuado para esta hora de la historia que estamos viviendo? ¿No era quizá un giro excesivo hacia la interioridad, en un momento en que los grandes desafíos de la historia, las cuestiones urgentes sobre la justicia, la paz y la libertad exigen el compromiso pleno de todos los hombres de buena voluntad y, de modo particular, de la cristiandad y de la Iglesia? ¿No hubiera sido mejor que afrontáramos, más bien, esos problemas, en vez de retirarnos al mundo interior de la fe? (Benedicto XVI, 21-XII-2007).

El Papa pone además de manifiesto que la Iglesia no busca su propia perfección, sino anunciar el Evangelio y la conversión de sus fieles. Una Iglesia que obra como una institución funcional puede llegar a acallar las conciencias y a tranquilizar a sus fieles, pero se basta a sí misma. Es una Iglesia que no necesita de Dios, ha recibido su misión y no está abierta a las intervenciones de Dios en la historia, que aparecen como accidentales.

En la medida en que se comprende que la Iglesia está pendiente del futuro del mundo y de las sucesivas intervenciones de Dios en la historia, se le puede definir como una institución atenta a las necesidades de los hombres, marcada por una apertura fundamental a los interrogantes esenciales del ser humano. La Iglesia entendida como un departamento del Estado, quedaría por el contrario reducida a una institución que no necesita de la intervención de Dios y que, si la recibiera, no le serviría para el desarrollo de sus estructuras visibles.

Especialmente en el 2008, Benedicto XVI afrontó el problema del olvido de Dios a través de la presencia pública de la Iglesia, realizada gracias a sus numerosos viajes pastorales y a la Jornada Mundial de la Juventud, que este año tuvo lugar en Australia.

En los viajes pastorales de este año se trató de la presencia de la Palabra de Dios, de Dios mismo en el momento actual de la historia: el verdadero sentido de los viajes sólo puede ser el de servir a esa presencia. En esas ocasiones la Iglesia se hace perceptible públicamente, y con ella también la fe y por eso al menos la cuestión sobre Dios (Benedicto XVI 22-XII-2008).

Una lectura atenta de las palabras del papa descubre una especial alegría en aquel año, año del sínodo de obispos sobre la Palabra de Dios; dejando entrever sin embargo, una clara preocupación por la situación de la familia y por el desarrollo de falsas ideologías.

Lo que con frecuencia se expresa y entiende con el término "gender", se reduce en definitiva a la auto-emancipación del hombre de la creación y del Creador. El hombre quiere hacerse por sí solo y disponer siempre y exclusivamente por sí solo de lo que le atañe. Pero de este modo vive contra la verdad, vive contra el Espíritu creador (Benedicto XVI 22-XII-2008).

Los últimos años del pontificado de Benedicto XVI, quedaron marcados por una renovada esperanza de la Iglesia universal, donde el Papa se confió primero a san Pablo y después al santo Cura de Ars en el año sacerdotal, para finalmente convocar un año de la fe con ocasión del 50 aniversario del inicio del Concilio Vaticano II. Estos fueron tal vez los años más difíciles del pontificado que exigieron al anciano pontífice un especial esfuerzo y un sacrificio que aumentaron de manera evidente con el pasar del tiempo, hasta llegar a la declaración del 11 de febrero del 2013. Día en que, de acuerdo con lo previsto por la ley de la Iglesia, el Papa anunció a los Cardenales reunidos en Roma, en Concistorio ordinario, que tomaba con plena libertad la decisión de renunciar al ministerio de Pedro.

Fueron años de la crisis económica y años en que Benedicto XVI asumió toda la vergüenza de la Iglesia por una serie de escándalos que ensuciaron la institución que le había sido confiada. Una situación que reiteradamente fue descrita como una pesadilla y que merecía el recuerdo de la visión, de Hildegarda de Bingen, de una mujer de una tal belleza que la mente humana no es capaz de comprender. Erguida hasta el cielo y ricamente vestida, pero con vestiduras rasgadas y ensuciada, que clamaba por el esplendor de la verdad.

El rostro de la Iglesia está cubierto de polvo, y así es como lo hemos visto. Su vestido está rasgado por culpa de los sacerdotes. Tal como ella lo ha visto y expresado, así lo hemos visto este año. Hemos de acoger esta humillación como una exhortación a la verdad y una llamada a la renovación. Solamente la verdad salva. Hemos de preguntarnos qué podemos hacer para reparar lo más posible la injusticia cometida. Hemos de preguntarnos qué había de equivocado en nuestro anuncio, en todo nuestro modo de configurar el ser cristiano, de forma que algo así pudiera suceder. Hemos de hallar una nueva determinación en la fe y en el bien. Hemos de ser capaces de penitencia (Benedicto XVI, 20-XII-2010).

Fueron también los años de la Caritas in Veritate y del último viaje pastoral a África, fueron los años de una serie de medidas necesarias referidas a la disciplina del clero y de la cercanía del Papa a las víctimas reflejadas con toda claridad en la carta a los católicos de Irlanda (19-III-2010). Paradójicamente fueron también los años en que el Pontífice tuvo mayor relevancia moral, que le permitiría hablar con autoridad en Westminster Hall, dirigiéndose a los exponentes de la cultura, ni más ni menos que sobre la importancia de seguir la propia conciencia. Era una ocasión histórica.

Alexis de Tocqueville, en su tiempo, observó que en América la democracia fue posible y había funcionado porque, más allá de las denominaciones particulares, existía un consenso moral de base que unía a todos. Sólo si existe un consenso

semejante sobre lo esencial, las constituciones y el derecho pueden funcionar. Este consenso de fondo que proviene del patrimonio cristiano está en peligro allí donde en su lugar, en vez de la razón moral, se pone la mera racionalidad finalista de la que ya hemos hablado antes. Esto es realmente una ceguera de la razón para lo que es esencial. Combatir esta ceguera de la razón y conservar la capacidad de ver lo esencial, de ver a Dios y al hombre, lo que es bueno y verdadero, es el propósito común que ha de unir a todos los hombres de buena voluntad. Está en juego el futuro del mundo (Benedicto XVI, 20-XII-2010).

La situación de la Iglesia y del mundo permitieron a Benedicto XVI lanzar con mayor esperanza el año de la fe, que pusiera de manifiesto que, a pesar de que el mundo se encuentra cada vez más sin Dios, todavía se pueden sembrar semillas de pensamiento con un lenguaje nuevo y atractivo. Esta creatividad acogida con alegría constituye, en definitiva, la puerta de acceso de la nueva evangelización.

El núcleo de la crisis de la Iglesia en Europa es la crisis de fe. Si no encontramos una respuesta para ella, si la fe no adquiere nueva vitalidad, con una convicción profunda y una fuerza real gracias al encuentro con Jesucristo, todas las demás reformas serán ineficaces.

En este sentido, el encuentro en África con la gozosa pasión por la fe ha sido de gran aliento. Allí no se percibía ninguna señal del cansancio de la fe, tan difundido entre nosotros, ningún tedio de ser cristianos, como se percibe cada vez más en nosotros. Con tantos problemas, sufrimientos y penas como hay ciertamente en África, siempre se experimentaba sin embargo la alegría de ser cristianos, de estar sostenidos por la felicidad interior de conocer a Cristo y de pertenecer a su Iglesia. De esta alegría nacen también las energías para servir a Cristo en las situaciones agobiantes de sufrimiento humano, para ponerse a su disposición, sin replegarse en el propio bienestar. Encontrar esta fe dispuesta al sacrificio, y precisamente alegre en ello, es una gran medicina contra el cansancio de ser cristianos que experimentamos en Europa (Benedicto XVI, 22-XII-2011).

La situación del mundo quedaba dibujada en dos tonalidades esenciales, que recorrían con diferente intensidad las distintas zonas del planeta. Por una parte el tedio de ser cristianos, el cansancio de la fe y por otra la alegría que se experimenta al conocer a Dios y pertenecer a la Iglesia. Era sin duda una llamada llena de esperanza para la Iglesia, pero era también una llamada que requería vigor humano para llevarlo a cabo.

El año de la fe preparaba a la Iglesia para una exigencia inusitada, porque la renuncia – delicadamente considerada en conciencia– por Benedicto XVI, ha suscitado en la vida de cada católico, casi también de cada cristiano, una prueba de fe. Dejaba así abierto el camino de la Iglesia para un nuevo pontificado, y no era fácil predecir que se trataría de un Papa venido de los últimos confines de la tierra.

4. Francisco, un papa sin precedentes

Sobre el pontificado del primer papa no Europeo, del primer papa Jesuita, del primero que es elegido después de que su predecesor haya renunciado, se ha escrito lo suficiente para permitirnos no ahondar más. Es un papa sin precedentes. Pero además, el papa Francisco ha traducido de manera magistral las enseñanzas de la Iglesia en gestos. Los pontífices anteriores se habían referido con frecuencia a la necesidad de apertura de la Iglesia, por ejemplo Benedicto XVI decía:

Cuántas veces la vida de los cristianos se caracteriza por mirar sobre todo a sí mismos; hacen el bien, por decirlo así, para sí mismos. Y qué grande es la tentación de todos los hombres de preocuparse sobre todo de sí mismos, de mirar hacia atrás a sí

mismos, convirtiéndose así interiormente en algo vacío, «estatuas de sal» (Benedicto XVI, 22-XII-2011).

Pero Francisco ha acuñado esta intuición en un mensaje casi publicitario: “hay que salir a las periferias”. Anuncio que repite constantemente y que recoge esencialmente la misión de la Iglesia de anunciar la redención, la salvación. Papa Francisco además ha hecho suyo este “salir” y lo ha hecho en primera persona: Cuando decidió acudir él a visitar al Benedicto XVI a Castelgandolfo, aunque la diplomacia hubiera exigido que fuera el papa emérito el que tuviera que desplazarse. Lo hizo también cuando quiso que hubiera cámaras de televisión en ese encuentro, único en la historia. Lo hizo cuando afirmó públicamente que le alegra consultar a Benedicto XVI.

Hay algo que caracteriza mi relación con Benedicto: yo le quiero mucho. Siempre le he querido. Para mí es un hombre de Dios, un hombre humilde, un hombre que reza. Me alegré mucho cuando fue elegido Papa. También cuando dimitió fue un ejemplo de grandeza. Un grande. Sólo un grande hace esto. Un hombre de Dios y un hombre de oración. Ahora reside en el Vaticano, y algunos me dicen: ¿Pero cómo puede ser esto? ¡Dos Papas en el Vaticano! Pero, ¿no te estorba? ¿No te hace la revolución en contra? Todas esas cosas me dicen, ¿no? He encontrado una frase para responder a esto: “Es como tener el abuelo en casa”, pero un abuelo sabio. Cuando en una familia el abuelo está en la casa, es venerado, querido, escuchado. ¡Es un hombre prudente! No se mete en nada (Francisco, 28-VII-2013).

Los gestos de Papa Francisco tienen detrás una concepción de la Iglesia en continuidad con sus predecesores y por tanto también con el Concilio Vaticano II. La llamada del Papa Francisco a un sínodo para la familia, que tendrá lugar en el 2014, recoge la exigencia que la reflexión de la Iglesia se ha estado planteando a lo largo de los últimos años, exigencia de conservar nuestro lugar de creaturas, para poder descubrir al Creador.

Allí donde la libertad de hacer se convierte en libertad de hacerse por uno mismo, se llega necesariamente a negar al Creador mismo y, con ello, también el hombre como criatura de Dios, como imagen de Dios, queda finalmente degradado en la esencia de su ser. En la lucha por la familia está en juego el hombre mismo. Y se hace evidente que, cuando se niega a Dios, se disuelve también la dignidad del hombre. Quien defiende a Dios, defiende al hombre (Benedicto XVI, 21-XII-2012).

Esa continuidad esencial es constantemente transformada por Papa Francisco en gestos que llegan con gran facilidad a tantas personas y que constituyen una gran oportunidad para difundir el sentido de la fe de la Iglesia. Los medios de comunicación acogen con comodidad la humanidad del Papa que detiene su coche para saludar a un enfermo, a un desvalido, a un anciano. Lo mismo sucede cuando hacen noticia porque el Papa sube al avión llevando consigo su equipaje de mano, como haría cualquier otra persona.

La llevaba porque siempre lo he hecho así: cuando viajo, la llevo. Y dentro, pues tengo la maquinilla de afeitar, el breviario, la agenda, un libro para leer... Me he traído uno sobre santa Teresita, de la que soy muy devoto. Siempre he llevado una cartera cuando viajo, es normal. Tenemos que ser normales (Francisco, 28-VII-2013).

Gestos de la normalidad de la fe que perciben también los no creyentes. Por otra parte, todos los romanos Pontífices se han preocupado por la pobreza y por el abandono, por las injusticias sociales y la marginación. Benedicto XVI lo recordaba así:

Nosotros nos queremos a nosotros mismos, queremos las cosas tangibles, la felicidad que se pueda experimentar, el éxito de nuestros proyectos personales y de nuestras

intenciones. Estamos completamente «llenos» de nosotros mismos, de modo que ya no queda espacio alguno para Dios. Y, por eso, tampoco queda espacio para los otros, para los niños, los pobres, los extranjeros (Benedicto XVI, 24-XII-2012).

Papa Francisco recuerda igualmente que la pobreza verdadera es la que sufre quien ignora el sentido trascendente de su vida, pero lo expresa de manera especial, por ejemplo celebrando su cumpleaños con tres pobres sin hogar. Gestos que transmiten una gran autenticidad, reproducida sin reservas por tantos medios de información y recibida con agrado por millones de personas en todo el mundo. Es el primer Papa que decide viajar en un coche sencillo parecido al de cualquier otra persona por las calles de Roma, ofreciendo un reto no pequeño a la tarea del servicio de seguridad. Un Papa que se hace tutear por sus viejos amigos y que llama personalmente por teléfono. Se trata de gestos que, gracias a la difusión de los medios de comunicación, son más relevantes para la imagen pública de la Iglesia y por tanto para la comprensión de la presencia de Dios en el mundo.

Tal vez en su día fueron igualmente llamativos e importantes el abandono de la tiara papal y de la silla gestatoria, la disolución de la corte pontificia y de las guardias noble y palatina. Pero en su día la tecnología no había estrechado tanto las distancias y Roma estaba físicamente lejos de muchos católicos. Hoy en cambio, a pesar de que Papa Francisco no haya hecho un discurso con un recuento de los acontecimientos más importantes para la vida de la Iglesia en los meses de su pontificado, sabemos más que antes. Pero además, si el Papa no ha hablado de la perspectiva de la Iglesia en nuestros días, es porque ya lo había hecho un mes antes (24-XI-2013).

¿Dónde habla el Papa de la necesidad de salir a las periferias, de conservar el espíritu misionero, de acudir en la ayuda de los más necesitados, de reflexionar sobre la fe? ¿Dónde habla el Papa de la importancia de la evangelización de los medios de comunicación y de saber escuchar y perdonar? ¿Dónde de cuidar la familia, de confiar en Dios y de acudir a la oración, de pedir perdón y de perdonar?

En la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*. No es un documento cualquiera, es un documento pastoral escrito por un Papa que, para el director de comunicación estratégica del Vaticano (Burke), no es políticamente correcto y cuya foto debería ir acompañada de una advertencia: “cuidado, este hombre puede cambiar tu vida”. Parece posible afirmar que, en definitiva, el Papa espera que cada uno de los católicos puedan leer sus gestos a la luz de ese documento, a pesar de que como dice él, sea un poco largo.

No ignoro que hoy los documentos no despiertan el mismo interés que en otras épocas, y son rápidamente olvidados. No obstante, destaco que lo que trataré de expresar aquí tiene un sentido programático y consecuencias importantes (Francisco, *Evangelii Gaudium*, n.25).

Es un documento que contiene los deseos de un Papa sin igual, para toda la Iglesia. En él, Francisco ha dibujado con líneas esenciales el futuro de su pontificado, aliviándonos además de tener que leer en el futuro un estudio similar a éste sobre los discursos de Navidad del Papa en los años venideros. El Papa Francisco ya lo ha hecho, personalmente y desde el principio.